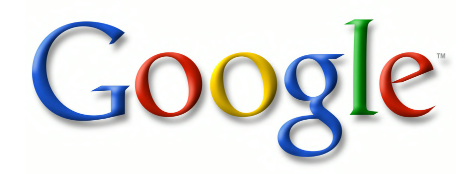
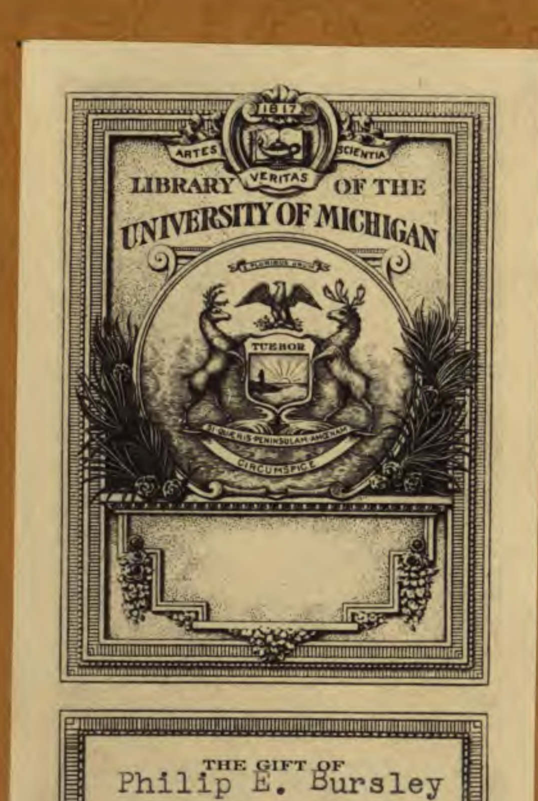



1817
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
CIRCUMSPICE

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA

NI TANTO, NI TAN CALVO...

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MANUEL MATOSES

Estrenado con gran aplauso en el Teatro Martin la noche del 29 de Marzo de 1875.

MADRID

IMPRENTA DE LA SOCIEDAD TIPOGRÁFICA

Calle de la Flor Alta, núm. 1

1875

NI TANTO, NI TAN CALVO...

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA

NI TANTO, NI TAN CALVO...

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

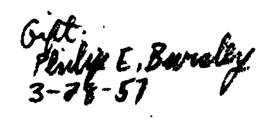
ORIGINAL DE

MANUEL MATOSES

Estrenado con gran aplauso en el Teatro Martin la noche del 29 de Marzo de 1875.



MADRID
IMPRENTA DE LA SOCIEDAD TIPOGRÁFICA
Calle de la Flor Alta, núm. 1
1875



AL DISTINGUIDO ARTISTA PORTUGUES

DON RAFAEL BORDALLO PINHEIRO

ofrece esta humilde prueba de cariñoso afecto y buena amistad,

El Autor.

PERSONAJES.	ACTORES.
ELVIRA....................	**Srta. García (J.)**
RAMONA....................	**Sra. García (E.)**
GABRIEL....................	**Sres. Castillo.**
D. PABLO....................	**Cámara.**

NI TANTO, NI TAN CALVO...

ACTO ÚNICO.

Gabinete elegantemente amueblado. — Velador en el centro con tapete, álbum, adornos, etc. — Una butaca á cada lado del velador. — Puertas laterales y al foro.

ESCENA PRIMERA.

ELVIRA, RAMONA.

ELVIRA recostada en una butaca junto al velador, tiene una carta en la mano con la cual juega doblándola y desdoblándola con coquetería.— RAMONA, como si acabara de hacer la limpieza, pasa de cuando en cuando durante el diálogo el plumero que lleva por los objetos del velador.

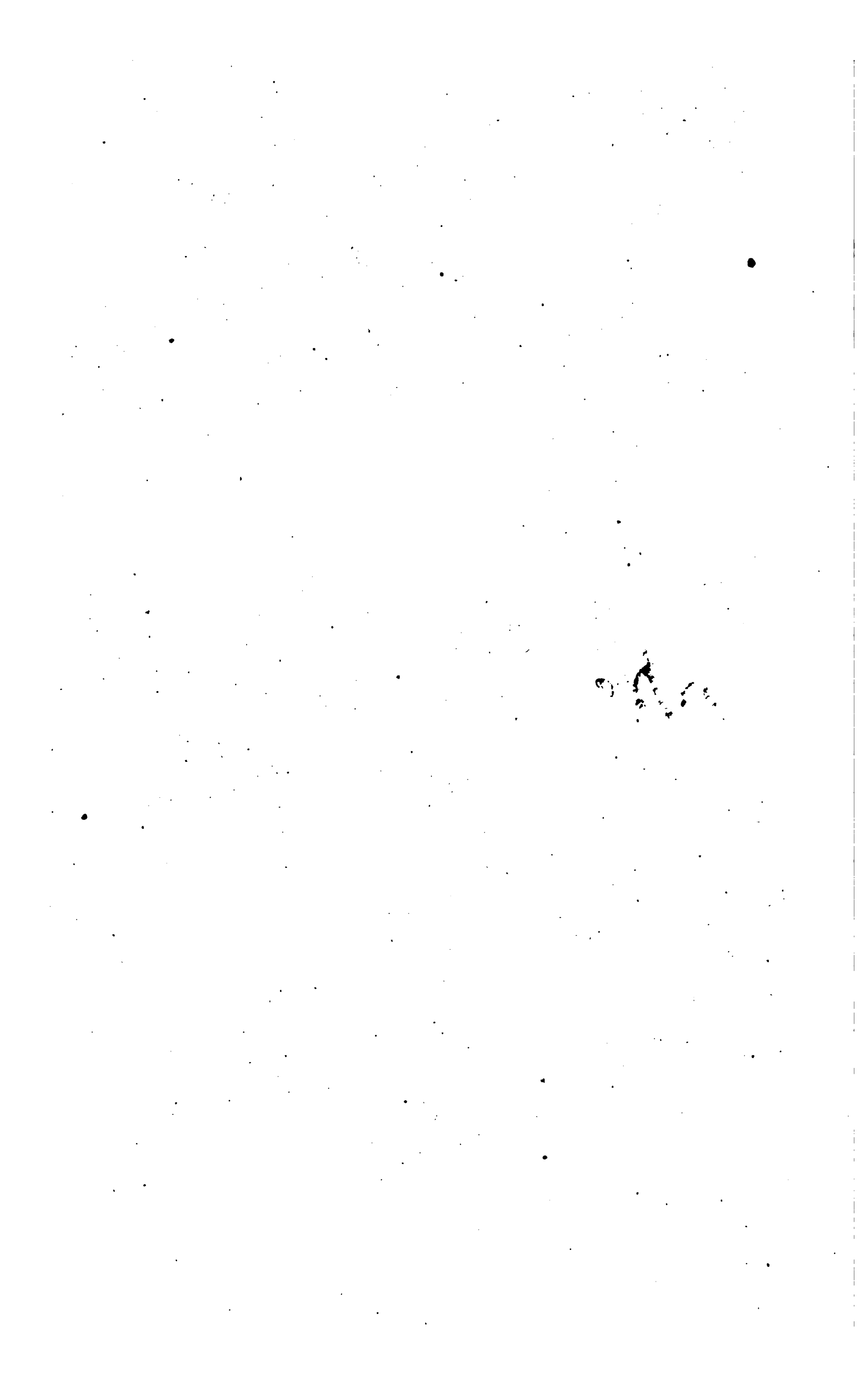
RAMONA. Pues lo que es él, bien demuestra que está enamorado de usted hasta más no poder. Si yo... no sé; parece que está empadronado en la acera de enfrente. Ahí se le ve por las mañanas hasta las once; ahí se le encuentra plantado por las tardes desde las cinco.

ELVIRA. Sí; todo eso está muy bien; pero.....

RAMONA. Y tiene trazas de ser un buen hombre; ¡tan arregladito! ¡tan elegante! ¡tan amable!

ELVIRA. (Remedándola.) ¡Tan arregladito! ¡Tan buen hombre! Pues ahí está el *quid*. En que me cargan, ¡no lo puedo remediar! Me cargan esos tontos

NI TANTO, NI TAN CALVO...



NI TANTO, NI TAN CALVO...

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA

NI TANTO, NI TAN CALVO...

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MANUEL MATOSES

Estrenado con gran aplauso en el Teatro Martin la noche del 29 de Marzo de 1875.



MADRID
IMPRENTA DE LA SOCIEDAD TIPOGRÁFICA
Calle de la Flor Alta, núm. 1
1875

querer salir. (A gritos.) Pues la veré pese á quien pese.

RAMONA. (Fingiendo que riñe.) ¡Pero caballero!

GABRIEL. ¡Aquí no hay caballero que valga! Me debe una contestacion y me la dará.

RAMONA. ¡Haga usted el favor de salir!

GABRIEL. ¡No me da la gana, estoy en mi casa!

RAMONA. ¡Váyase usted de aquí!

GABRIEL. ¡No quiero! ¡A un hombre como yo no se le dá con la puerta en los hocicos!

RAMONA. ¡Salga usted pronto!

GABRIEL. ¡Vaya usted á fregar! ¡Bachillera!

RAMONA. ¡No quiero!

GABRIEL. ¡Ni yo!

RAMONA. ¡Fuera!

GABRIEL. ¡Dentro!

(Elvira sale asustada y á su vista callan Ramona y Gabriel; éste hace una ligera inclinacion para saludar, pero no se quita el sombrero; Ramona se limpia el sudor. Elvira se queda parada en la puerta.)

ESCENA IV.

DICHOS, ELVIRA.

GABRIEL. (A Elvira que se ha quedado en la puerta.) Pase usted señora, pase usted. ¿Sigue usted bien?

ELVIRA. Gracias. ¿Qué voces son esas?

GABRIEL. Que se empeñaba esta muchacha en que yo me fuera sin verla á usted. ¡Mire usted! ¡echarme á mí! (A Ramona.) ¡Si te volvieras hombre te... te...! (Ramona sale como asustada.)

ELVIRA. ¡Y bien, caballero!

GABRIEL. Voy á decirlo á usted...

ELVIRA. (Rehusándo.) Pero...

GABRIEL. Señora, cuando un perro ladra se le escucha.

Haga usted el favor de escucharme que al fin y al cabo soy un caballero.

ELVIRA. Sí, sí, el sombrero no le dejará á usted mentir.

GABRIEL. Es verdad. (Reparando la falta.) Tengo el hábito de tratar á las personas con mucha franqueza.

ELVIRA. ¡Ya se conoce!

GABRIEL. Cumplimientos entre soldados...

ELVIRA. Le advierto á usted que yo no soy soldado.

GABRIEL. Me parece, en efecto, que no.—Señora, sentémonos. (Se sientan Elvira en una butaca; Gabriel en una silla inmediato á ella.)

ELVIRA. (Aparte.) (¡Qué descarado! ¡Y yo que creia que era un inocente!)

GABRIEL. (Soltando grandes bocanadas de humo.) Señora... Yo me llamo Gabriel Gomez.

ELVIRA. ¡Me alegro mucho! (Separa con la mano el humo y tose. Este juego se repite varias veces.)

GABRIEL. ¡Qué! ¿No lo cree usted? ¿Quiere usted ver mi cédula de vecindad?

ELVIRA. ¡No, no lo dudo!

GABRIEL. Como dice usted «¡me alegro mucho!» como quien dice: «¡Te veo de venir!» Y á mí, señora, jamás me ha dicho nadie que me ve de venir.

ELVIRA. Pues ¡todo se lo dice usted!

GABRIEL. ¡Caramba! ¿Sabe usted que hace un frio atroz en esta casa? (Coge el sombrero y se lo pone.) ¡Usted dispense!

ELVIRA. (Aparte.) ¡Qué atrocidad! ¡Parece que es suyo el mundo!

GABRIEL. Como íbamos diciendo: yo me llamo Gabriel Gomez, estoy en Gobernacion, tengo veinte mil reales y ascenderé en cuanto venga el cólera y se lleve con mil demonios á dos ó tres que hay delante de mí y que me estorban para ascender.

ELVIRA. ¡Bueno! ¿Y á mí qué...?

GABRIEL. ¡Tenga usted un poco de cortesía, y no me interrumpa usted!...

ELVIRA. (Aparte.) ¡Todo sea por el amor de Dios!

GABRIEL. Yo... soy un hombre honrado; aunque he sido un poco calavera; pero eso ¿quién no lo ha sido alguna vez? ¡Nadie! ¿Ha sido usted tambien calavera?

ELVIRA. ¡Caballero!

GABRIEL. ¡Bueno! ¡No se incomode usted! En las mujeres no está eso bien, lo comprendo; pero en los hombres... ¡A los hombres todo se les permite!

ELVIRA. ¿Sabe usted que me va á volver negra con esa chimenea?

GABRIEL. ¿No le gusta á usted el olor del tabaco?

ELVIRA. Es que ni el humo este es el olor, ni eso que usted fuma es tabaco. ¡Fumara usted siquiera un buen cigarro!

GABRIEL. Eso cuénteselo usted al que los vende. Ademas, de que los hombres fuertes fumamos tabaco fuerte. ¡Si lo que yo siento es que no se fume la piedra berroqueña, porque no hubiera perdonado ni un solo guarda-canton de Madrid!

ELVIRA. ¡Qué disparate!

GABRIEL. Pues señor: cansado ya del mundo, como dicen los románticos, hastiado de todos los vicios, y harto de fumar, beber, jugar y enamorar mujeres, (Aparte.) (¡Chúpate esa!) me he levantado el otro dia de mal humor y me he dicho: «Gabriel ¡á casarte!»—«¿con quién?»—me he preguntado.—«Con cualquiera, ¡con la primera mujer que encuentre!.»—Me he respondido, y me he echado á la calle en busca de una esposa.

ELVIRA. ¡Como quien va á buscar casa para mudarse!

GABRIEL. ¡Ni más ni ménos!

ELVIRA. (Aparte y sonriendo.) (¡Despues de todo tiene gracia!)

GABRIEL. He pasado por esta calle como podia haber pasado por otra; la he visto á usted al balcon como podia haber visto á la doncella; me ha

gustado usted como podia no haberme gustado, y me he decidido á dirigirla una declaracion como podia haber pensado cualquier otro disparate...

ELVIRA. ¿Ha concluido usted?

GABRIEL. (Desatendiéndola.) Ayer la escribí á usted una carta que entregué á la doncella. ¿La ha leido usted?

ELVIRA. Por cierto que más bien que una declaracion parece una recomendacion á un ministro.

GABRIEL. ¿Por qué lo dice usted? ¿Por el membrete? Es que yo escribo esas cosas en cualquier papel, y si no hubiera tenido otro á mano lo hubiera escrito en un márgen de *La Correspondencia*. ¿Qué queria usted? ¿Papel satinado de ese que usan los maricas?

ELVIRA. Y aquel «Señorita: desde que tuve la inefable dicha.» ¡Qué cursi!

GABRIEL. (Aparte.) (¡Tiene razon! ¡Caramba!) Yo le diré á usted: ¡como la carta era para usted y no para la Academia de la lengua!... Conque en cumplimiento á lo ofrecido vengo por la contestacion.

ELVIRA. Pues yo lo siento mucho...

GABRIEL. (Interrumpiéndola.) Pero... no puede usted acceder á mis deseos, ¿no es eso?

ELVIRA. ¡Precisamente!

GABRIEL. (Levantándose.) Pues... tambien yo lo siento mucho, pero yo lo siento por usted.

ELVIRA. ¿Por mí?

GABRIEL. Sí, por usted: porque va usted á tener que hacer por fuerza lo que no quiere hacer de buena voluntad.

ELVIRA. ¡Caballero! ¡Yo soy libre!

GABRIEL. (Alterándose poco á poco.) ¡Toma! ¿Pues cree usted que yo soy esclavo? Es que se me ha puesto en la cabeza casarme con usted y me casaré. ¿O cree usted que voy á ir por ahí de casa en casa

preguntando qué mujer se quiere casar conmigo?

ELVIRA. ¿Y á mí qué me importa?

GABRIEL. ¡Me importa á mí! ¡Mire usted si se casará usted conmigo! ¡Aunque viniera un regimiento á estorbarlo!

ELVIRA. Haga usted el favor de no gritar.

GABRIEL. ¡Me da la gana! ¡Negarse á Gabriel Gomez una mujer! ¡Pues aunque fuera... ¿quién diré yo?... aunque fuera la reina Sabas!...

ELVIRA. ¡Tenga usted en cuenta que habla usted con una señora!

GABRIEL. Pues si lo que yo siento es que no se vuelva usted ahora hombre, para comérmele.

ELVIRA. ¡Caballero! ¡Haga usted el favor de salir!

GABRIEL. ¿Tiene usted un primo, un amante ú otra cualquier persona á quien romperle la crisma en nombre de usted?

ELVIRA. ¡Haga usted el favor de salir!

GABRIEL. ¡Sí, señora! ¡Sí que me voy! Me voy á arreglar mis papeles para casarme con usted, ¿estamos? ¡para casarme con usted! Vamos, ¿se apuesta usted cinco duros á que me caso con usted?

ELVIRA. Pero ¿me quiere usted dejar en paz?

GABRIEL. Sí, señora. ¡Hasta luego! (Se va, y desde la puerta se vuelve para contestar.)

ELVIRA. ¡Hasta nunca!

GABRIEL. (Con energía.) ¡Hasta luego!

ELVIRA. ¡Aquí no vuelva usted á poner los piés!

GABRIEL. ¿Que no? Hombre, ¡pues no faltaba más! (Muy enérgicamente.) ¡Hasta luego!

ESCENA V.

ELVIRA, RAMONA.

ELVIRA. (Llamando.) ¡Ramona! —¡Qué barbaridad! — ¡Ramona!

RAMONA. ¿Llama usted, señorita?

ELVIRA. Sí. Te llamo para decirte que bajo ningun pretexto se vuelva á abrir la puerta á ese hombre.

RAMONA. (Aparte.) (Hasta dentro de cinco minutos.) Así lo encargaré. Pero... ¡está usted sofocada!

ELVIRA. Mujer, calla por Dios. Si ese que ántes creimos mosquita muerta resulta ahora un leon...

RAMONA. ¡El leon enamorado!

ELVIRA. Bueno; pero yo no soy domador de fieras. ¿Pues no dice que se casará conmigo de grado ó por fuerza?

RAMONA. (Fingiendo.) ¡Quién dijera viéndole pasear tan humildemente!...

ELVIRA. Pues ahí le tienes. Se ha quitado el sombrero, se le ha vuelto á poner, ha manoteado: ha llenado este gabinete de humo, me ha amenazado... ¿qué sé yo?

RAMONA. ¡Vamos! ¡El reverso del señorito Luis!

ELVIRA. ¡Por Dios, mujer, no los compares!

RAMONA. No, señorita; no trato de ello, pero como ántes hablábamos de los hombres y de cómo le gustaban á usted... (Campanilla dentro.)

ELVIRA. ¡Cielos! ¿Si será él? ¡Por la Vírgen santísima que no abran!

RAMONA. (Se asoma al foro y dice volviendo.) No, señora, es el administrador, don Pablo.

ESCENA VI.

ELVIRA, RAMONA, DON PABLO.

D. PAB. (Con gran paraguas, gaban grande y sombrero viejo. Lleva un legajo de papeles.) ¿Me dan ustedes su permiso?

RAMONA. Adelante, don Pablo.

D. PAB. En materia de salud, ¿hay alguna novedad?

RAMONA. ¡Ninguna!

(Elvira se ha quedado séria y absorbida y no hace caso de las preguntas de don Pablo. A éste le llama la atencion, examina á Elvira y dice.)

D. PAB. (Aparte.) (¡Mal dia para ver cuentas! ¡Y mala cara para perdonar equivocaciones!) ¿Vengo mañana, doña Elvira?

ELVIRA. ¿Qué trae usted?

D. PAB. Cuentas y dinero; pero como yo deseaba hacer algunas observaciones, y como no sé si está usted ahora en disposicion de resolver...

ELVIRA. No; veremos las cuentas en un momento y me hará usted las observaciones otro dia. (Levantándose y dirigiéndose al despacho.)

D. PAB. (Aparte.) (¡Malo! ¡He hecho que falten cuatro duros este mes y me parece que no se los hago tragar!)

ELVIRA. ¿Vamos?

D. PAB. Estoy como quien dice á la disposicion de usted.

ESCENA VII.

RAMONA.

RAMONA. ¿No decia que estaba cansada de la vida tranquila? Pues vamos, ¡ya debe estar contenta! ¡Ya ha saboreado en cinco minutos el tabaco

fuerte y los gritos destemplados de un hombre! ¡Que no le abra la puerta... que bajo ningun pretexto le deje entrar! Pues qué, ¿una moneda de cinco duros no es la más temible de las llaves ganzúas?

ESCENA VIII.

GABRIEL, RAMONA.

GABRIEL. (Asomándose con temor y en voz baja.) ¡Ramona! ¿Y la señorita? (Ramona señala al despacho. — Gabriel baja al proscenio.) ¿Ocupada?

RAMONA. Está con su administrador.

GABRIEL. ¿Estará muy quemada conmigo?

RAMONA. ¡Quemada y ahumada!

GABRIEL. ¿No queria un hombre descarado, fumador, dominante?

RAMONA. Bien; pero desde léjos todas las cosas parecen más bonitas.

GABRIEL. En fin, se ha incomodado...

RAMONA. Y ha dicho que bajo ningun pretexto se le permita á usted entrar en casa.

GABRIEL. Pues ¡ya estoy dentro!

RAMONA. Pero es el caso que me parece que no ha de adelantar usted nada y me expone usted á que me despida, y usted mismo se compromete...

GABRIEL. ¿Yo? Perdido por mil, perdido por mil quinientos...

RAMONA. ¿Conque no desiste usted?

GABRIEL. ¿Y qué adelanto con desistir?

RAMONA. ¿Y qué adelanta usted con volver á la carga?

GABRIEL. Darle una racion de todos esos defectos masculinos que la encantan; convencerla de su error; obligarla á que declare que el ser un buen hombre no es inconveniente para solicitarla...

¡Hombre, si hasta por amor propio y en defensa de la clase debo convencerla!...

RAMONA. Pero considere usted, señorito Gabriel...

GABRIEL. Pues considera tú, que no quiero considerar nada. Conque déjame, que aquí espero á que salga...

RAMONA. ¡Dios quiera!...

ESCENA IX.

GABRIEL.

GABRIEL. Conque... escena segunda del acto primero. Aquí el paquete de cartas que se me caerá sin querer. (En el bolsillo del gaban.) ¡Ensayemos cómo se caen las cosas sin querer! (Lo hace imitando exagerados rasgos de actores.) «¡Ah señora, bien, hé aquí mi tarjeta.» —Saco la tarjeta, se cae el paquete... ¡inverosímil, inverosímil, pero en fin! Ella: «¡Cielos, un paquete de cartas!» Yo: «¡Ah! Cartas de mis amantes, estoy perdido, ¡oh! estoy descubierto, ¡ah!» ¡Bien, muy bien! (Pausa.—Mirando hácia donde entró Elvira.) Está con el administrador. ¿Será anciano el administrador? ¡Ojalá! ¡Si el administrador es anciano le desafío! ¡Un rasgo más! Perfectamente. Ahora dispongamos una borracherita... decente. (Hace lo que dice.) La corbata deshecha, el chaleco abierto... el pelo en desórden... el sombrero calado... me arrellano en una butaca... me embozo con el gaban, hago que duermo y... (Levantándose rápidamente.) Pero señor, ¿qué necesidad tenia yo de ser hipócrita del vicio para conquistar á esa mujer... hermosa, lo que es eso sí, hermosa hasta más allá de la posible hermosura. ¡Ah mujeres, las que sois hermosas!...

Es decir: ¡Ah mujeres! porque hermosas todas lo son... (*Mira hácia adentro.*) ¡Ella!... ¡A escena! (*Vuelve á colocarse en la butaca, se arrellana, cierra los ojos y ronca.*)

ESCENA X.

GABRIEL, ELVIRA, D. PABLO Y RAMONA *á su tiempo.*

D. PAB. ¡Ya decia yo que habia nubes! ¡No han pasado los cuatro duros! (*Repara en Gabriel, da un paso atrás y dice asombrado.*) ¡Caramba! ¿Será otro administrador?

ELVIRA. ¡Qué descaro! ¿Otra vez aquí este hombre? ¡Qué desvergüenza! ¡Despiértele usted! (*Gabriel ronca muy fuerte.*)

D. PAB. ¡Jóven! ¡Jóven, que ya ha amanecido!

GABRIEL. (*Desperezándose y tartamudeando.*) ¡Buenos dias nos dé Dios!

ELVIRA. ¿Pero á usted se le figura que esto es una posada? ¿Con qué derecho...?

GABRIEL. Yo lo diré todo. Al salir de aquí me he encontrado con un amigo que me ha dicho: «Gabriel, si no te vienes á beber conmigo un par de cañitas no eres hombre.» Lo mismo ha sido oir que yo no era hombre, cuando le he cogido de un brazo, nos hemos metido en unos andaluces... ¿No es verdad que parece imposible que yo quepa dentro de un andaluz?

ELVIRA. Bueno, ¿pero quién le autoriza á usted?...

GABRIEL. Nos hemos bebido entre los dos cuatro botellitas de manzanilla... ¡No me parece que es mucho!

D. PAB. ¡Podia usted haber bebido más!

GABRIEL. En fin, que estoy contento. ¡Abuelo! (*Abraza á don Pablo.*)

D. PAB. (Haciendo un mal gesto.) ¡Yo no tengo nietos!

GABRIEL. ¿Dónde queria usted (á Elvira) que fuera á pasar esta alegría que recorre mi cuerpo?

ELVIRA. Pero yo le dije á usted que no pusiera más los piés en esta casa.

GABRIEL. ¡Ya lo sé! Por eso me vengo con botas; para no poner los piés! Y ¡como tenemos que arreglar nuestro asunto!... me he dicho: pues señor, ahora que estoy alegre vámonos á casa de Elvirita, de mi excelente Elvirita, el ángel nuevo de mis pensamientos!

D. PAB. ¿Nuevo?

GABRIEL. Sí, señor, nuevo, porque he tenido ya varios...

ELVIRA. Bien, pues ya le he dicho á usted que es completamente imposible. ¡Y con las mañas que va usted descubriendo!... ¡Nada, nada, haga usted el favor de marcharse!

GABRIEL. (Saca el pañuelo y dice gimoteando.) ¡Me echa usted, me despide usted de esta casa! Sí, ya lo sé, ya sé que aquí los hombres de bien no caben...

D. PAB. ¡Me va á hacer llorar! ¡Yo que soy el administrador más tierno que hay! ¡Tenga usted compasion! ¡Parece un pobrecillo!...

ELVIRA. Sí, un pobrecillo vicioso...

GABRIEL. (Transicion.) ¿Vicioso? ¡Y bien, sí señora, vicioso y vicioso hasta más no poder, y con un vino regañon, tan regañon que si ustedes me sulfuran!...

D. PAB. ¡Dios mio! ¿Qué le da?

GABRIEL. Despues de todo, ¿por qué me he de afligir yo? Si me he jurado á mí mismo casarme con usted y yo no me falto nunca á las palabras que me doy.

ELVIRA. Corriente.

GABRIEL. ¡Y tan corriente! Si me da la gana se casa usted mañana conmigo.

ELVIRA. ¡Caballero!

GABRIEL. ¡Señora! ¿Se le ha figurado á usted que es

dueña de sus voluntades? ¡Pues no hay tales carneros!

D. PAB. (Aparte.) (¡Voy á ver si pasan ahora los cuatro duros!) (Dirigiéndose enfáticamente á Gabriel.) ¡Señor mio! Esas palabras...

GABRIEL. ¡Qué! ¿Qué tiene usted que decir?

D. PAB. Yo soy el administrador de la señora, y no puedo consentir...

GABRIEL. ¿Es usted el administrador? Pues le dejo á usted cesante, porque dentro de una semana esa finca (señala á Elvira) es mia y yo no necesito administradores.

ELVIRA. ¡Señores! (Poniéndose por medio.)

D. PAB. ¡Insolente! (Aparte.) (Voy á ver si le meto miedo!)

GABRIEL. ¿Se atreverá usted á decirme eso en otra parte? ¡Tome usted mi tarjeta y venga la suya! (Deja caer el paquete.)

D. PAB. ¡Yo no gasto tarjetas!

GABRIEL. ¡No importa! ¡Yo le buscaré á usted!

ELVIRA. Tome usted esas cartas que se han caido...

GABRIEL. ¡Quédese usted con ellas! Puede usted leerlas, es la correspondencia con mis queridas; porque he tenido muchas, treinta, cuarenta, cincuenta... mil, ya estoy cansado, ¡y ahora me caso! ¡Mire usted si me caso!... y mañana mismo á tomar los dichos.
(A Don Pablo.) «¡Mañana á las nueve el duelo!»
(A Elvira.) «¡Mañana á las diez la jura!»

ELVIRA. ¡Váyase usted á su casa!

GABRIEL. ¡Mi casa es ésta! Donde vive mi futura. ¿No lo quiere usted creer? Pues ahora lo creerá usted. (Tira el sombrero encima de una silla, se quita el gaban y le tira sobre otra.) ¡Verá usted si ésta es ó nó mi casa! A ver, los criados...

D. PAB. (Aparte á Elvira y con temor.) (¡Se ha vuelto loco! Trátele usted con dulzura no sea cosa que le dé la ventolera por acometernos.)

GABRIEL. (Gritando.) ¡Doncella! ¿Cómo se llama la doncella? ¡Ah! Ramona. ¡¡Ramona!! ¿Dónde está la campanilla? ¡Aquí! (Tira muchas veces de ella.)

ELVIRA. ¿Pero qué quiere usted?

GABRIEL. Agua: ¡que me traigan agua los esclavos!

ELVIRA. ¡Va á haber que llamar una pareja!

GABRIEL. ¡Bueno, llámela usted! ¡Cuando vengan me finjo el muerto; digo que ustedes me han matado y van ustedes á presidio! ¡O si nó, me rompo una vena con un cortaplumas y digo que me han querido ustedes asesinar!

D. PAB. (Aparte á Elvira.) ¡Que es muy capaz de hacerlo!

GABRIEL. ¡Ramona!

RAMONA. (Apareciendo en el foro.) ¿Llaman ustedes?

GABRIEL. ¡Un vaso de aguardiente con azúcar y agua!

ELVIRA. ¡No traigas nada! (Ramona sale corriendo.)

GABRIEL. ¿Que nó? ¡Como que me voy á quedar sin beber!

ELVIRA. (Aparte.) (Procuremos echarle con buenos modos.) Pero señor don Gabriel, ¿me hace usted el favor de marcharse?

GABRIEL. ¿Que me vaya? Sí, señora, me marcho, ¡esto no puede quedar así! (Coge el sombrero y el gaban.—Va y viene á la puerta varias veces.) ¡Adios! (A D. Pablo.) ¡Usted ya sabe que me debe una satisfaccion!

D. PAB. ¡Hombre! ¡Eso ya se ha pasado!

GABRIEL. (A Elvira.) Y usted sabe tambien que tiene que casarse conmigo á la fuerza.

D. PAB. Pero ¡véngase usted á razones!

ELVIRA. Déjele usted que se vaya con mil demonios.

GABRIEL. ¡Yo no puedo venirme á razones! (A D. Pablo.) Con usted me bato. (A Elvira.) Con usted me caso.—Ahora me voy á dormir la mona.

«¡Mañana á las nueve el duelo!»
«¡Mañana á las diez la jura!»

(Vase deprisa.)

ESCENA XI.

ELVIRA, DON PABLO.

D. PAB. Vamos, está loco, rematadamente loco; ¿pero quién es?

ELVIRA. ¿Qué sé yo? Uno que ha rondado mi casa una semana, con una facha de tonto...

D. PAB. No, lo que es tonto...

ELVIRA. Esta mañana me ha declarado su amor y ya ha estado aquí dos veces, tratándome... como usted ha visto.

D. PAB. ¡Oh! ¡Las gentes de hoy dia!

ELVIRA. ¿Cómo habia yo de casarme con un hombre así?... ¡Ni que estuviera loca!

D. PAB. Sin embargo, él tiene buen aspecto: quizás en pasándosele el susto...

ELVIRA. Pues dígole á usted que el muchacho es una recomendacion... Fuma, bebe, juega, tiene queridas...

D. PAB. Diga usted, ¿no es verdad que lo del desafío ha sido una broma?

ELVIRA. ¿Yo qué sé? ¡Eso á él!

D. PAB. Porque si lo toma por lo serio, y me busca, y me pega... ¡Vaya si me pega! ¡Y yo que me las he querido echar de valiente!

ELVIRA. Haberse callado.

D. PAB. Por salir á la defensa de usted. ¡Eso saco yo de ser administrador de personas!...

ELVIRA. (Con sorna.) ¿No saca usted más que eso? ¡Vaya! pues no hablemos de eso...

D. PAB. (Aparte.) (¿Salvaré los cuatro duros?)

ELVIRA. ¡Ramona!

ESCENA XII.

DICHOS, RAMONA.

RAMONA. ¿Señorita?
ELVIRA. ¿Quién ha abierto á ese hombre la puerta?
RAMONA. Señorita ¿me lo pregunta usted á mí?
ELVIRA. ¿A quién se lo he de preguntar? ¿A quién dí yo la órden de que no se le volviera á admitir?
RAMONA. A mí; pero ¡yo no soy sola en la casa!
ELVIRA. ¡Ya dije yo que tú y él estábais convenidos!
RAMONA. ¡Señorita! ¡mire usted que yo no soy de esas criadas que!...
ELVIRA. No, no; tú eres de las otras. Prepara tu equipaje y vete.
RAMONA. Por Dios, señorita, yo se lo diré á usted todo. Ese señorito...

ESCENA XIII.

DICHOS, GABRIEL.

GABRIEL. (Asómase á la puerta arreglado ya el traje, con el sombrero en la mano y guantes puestos.) No; mejor será que yo lo diga.
ELVIRA. ¿Otra vez? ¿Pero se quiere usted marchar?
GABRIEL. Sí, señora; es decir, no quisiera marcharme; pero lo haré si he de complacer á usted, que es mi único deseo.
ELVIRA. (Aparte.) (¡Qué pronto se le ha pasado!)
D. PAB. (Aparte.) (No dije yo que cuando se le fuera el torozon...)

GABRIEL. Usted me ha creido un borracho, un jugador, un Juan Tenorio, un... perdido, en fin.

ELVIRA. ¡Me parece que las pruebas!...

D. PAB. No; borracho, no; pero... ¡vamos! ¡alegrete!

ELVIRA. Bueno; pero... ¿qué quiere decir?...

GABRIEL. Usted dispense; seré breve. He pretendido la mano de usted porque creia reunir las condiciones de moralidad y honradez que se requieren para hacer feliz á una mujer bien educada. La razon de negarse usted á corresponderme ha sido la de que mi aspecto era tímido, mi porte modesto y mi facha la de un hombre pacífico...

ELVIRA. (A Ramona.) ¡Ah, charlatana! Tú has sido...

RAMONA. Es verdad, señorita; pero...

GABRIEL. ¡No tiene la culpa ella, sino usted!

ELVIRA. Es cierto; he estado equivocada en suponer...

GABRIEL. Pero puede usted enmendar la equivocacion...

ELVIRA. ¡Sé lo que va usted á decir!...

GABRIEL. Permitiéndome demostrarla prácticamente que un marido ni debe ser tan amante que no deje á su mujer en paz, ni tan indiferente que la trate como á un compañero de oficina. Recuerde usted que dice el refran: *Ni tanto, ni tan calvo...*—¿Me permite usted hacer la demostracion?

ELVIRA. ¡Así, tan de repente!...

GABRIEL. ¡No tengo prisa! ¡Me basta una frase de esperanza!...

ELVIRA. ¡Veremos!

GABRIEL. ¡Bueno! Yo saldré triunfante.

D. PAB. (Aparte á Gabriel.) (¿Me presta usted cuatro duros que me faltan para mis cuentas?)

GABRIEL. (¡Aunque quiera usted doce!)

D. PAB. (A Elvira.) Aquellos cuatro duros...

ELVIRA. ¡Bah! ¡Está bien la cuenta!

D. PAB. Total: ocho. ¡Algo se gana!

GABRIEL. (A Elvira.) Dentro de dos meses... estará usted convencida.

PUNTOS DE VENTA.

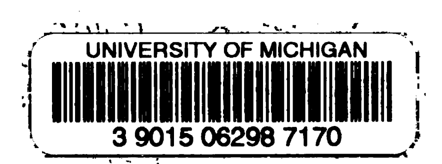
MADRID.

Librerías de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.


UNIVERSITY OF MICHIGAN
3 9015 06298 7170





